

SANTOS PRIMO Y FELICIANO, HERMANOS MÁRTIRES

DÍA 9 DE JUNIO

Por P. Juan Croisset, S.J.

San Primo y su hermano San Feliciano fueron romanos, de una familia muy visible por sus grandes bienes y riquezas. Nacieron y fueron criados en las supersticiones de la idolatría; pero, abriéndoles los ojos la gracia de Dios, conocieron su falsedad, y detestaron sus extravagancias. Tuvieron la dicha de convertirse por el celo del Papa San Félix I; y fortaleciéndose su fe durante el tiempo de muchas persecuciones, se ocultaron á la crueldad de algunos emperadores gentiles, por socorrer con sus crecidas limosnas á gran número de cristianos.

No es fácil decir el celo é intrepidez con que alentaban á los santos confesores y mártires, acompañándolos hasta el mismo suplicio. Todos sus bienes eran de los pobres; pasaban los días y las noches con los gloriosos confesores de Jesucristo en los calabozos; animaban á unos, fortalecían á otros en la fe, y hacían mucho bien á todos. Parecía que el furor de los gentiles respetaba á aquellos dos héroes cristianos; pues en medio de una, declaración tan pública y tan ruidosa de su fe, durante el fuego de la más cruel persecución, los dejaban entera libertad para asistir y consolar á los fieles en la capital del paganismo, y á vista de los más mortales enemigos del nombre cristiano.

Pero al fin quiso el Señor premiar tan heroica caridad con el triunfo de su fe, y coronar sus trabajos con

la gloria del martirio. Hacia el año de 286 asoció Diocleciano en el imperio á Maximiano Hercúleo, y se comenzó á declarar la guerra contra todos los cristianos. Resolvióse exterminarlos, y se llenaron de sangre y de carnicería todas las provincias del imperio. Hallábanse en Roma los dos emperadores, y fue aquella capital el teatro mayor del heroísmo de los mártires. Había más de treinta años que los dos santos hermanos desafiaban, por decirlo así, la barbarie de los tiranos, y hacían que triunfase la caridad cristiana en la plaza más fuerte de la idolatría, cuando los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver que cada día se iba disminuyendo su crédito por los progresos que hacía en la ciudad la fe de Jesucristo, y teniendo noticia de las maravillas que obraba el celo de nuestros Santos después de tantos años, publicaron en todas partes que, irritados los dioses, no querían dar oráculos hasta que los dos cristianos Primo y Feliciano fuesen castigados, ó se los obligase á ofrecerles sacrificios.

Llegaron presto á oídos de los emperadores estas amenazas de los dioses, que sublevaron toda la ciudad y toda la corte contra los dos hermanos. Prendiéronlos, pues, y cargados de cadenas fueron presentados á los emperadores, que con rabia les preguntaron: *¿Sois vosotros, desdichados, los que tenéis descaro y desvergüenza para profesar públicamente una religión condenada en todo el imperio romano, y esto con el mayor desprecio de nuestros dioses? Preparaos para padecer los más espantosos tormentos, ó desde este mismo punto id y detestad vuestra obstinación, ofreciéndoles sacrificios.*

San Primo, que ya tenía noventa años, respondió con mucha humildad y modestia á los emperadores que no había otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, ni otra verdadera religión que la suya; y que estaban

resueltos á derramar toda la sangre y dar la misma vida por conservar su fe.

No podía ser más respetuosa ni más moderada la respuesta; con todo eso, entraron en furor los emperadores, y mandaron volver los dos Santos á la cárcel; pero apenas fueron encerrados en los calabozos, cuando los vino á consolar un ángel del Señor, y en el mismo instante se hallaron libres de las cadenas. Entonces , derramando su espíritu en acción de gracias, exclamaron: «Bendito seáis Vos, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que os dignasteis consolar á vuestros siervos haciendo pedazos sus prisiones, como en otro tiempo hicisteis con San Pedro; pues nos habéis hecho la misma gracia que hicisteis al Apóstol en la prisión, concedednos también la misma constancia en los tormentos ».

Noticiosos los príncipes de este suceso, le atribuyeron á encanto; y mandando traer á su presencia los dos hermanos, después de haber intentado inútilmente pervertirlos con promesas y con amenazas , mandaron despedazarlos con crueles azotes, y que después los arrancasen la piel, sacándosele con unas tenazas á bocados. Era, espantoso el suplicio, y terrible el dolor; pero aquel Señor por cuya gloria le sufrían les mitigó aquel tormento y les curó milagrosamente las heridas. Supiéronlo los emperadores, y por no padecer la vergüenza de ser vencidos por la constancia de aquellos dos insignes ancianos, sabiendo el odio que profesaba á los cristianos Promoto, gobernador de Nomento, y la crueldad de su genio, se los enviaron con orden expresa de que los procurase pervertir, y, cuando no, que los hiciese padecer los más excesivos tormentos que pudiese inventar.

No hubo jamás orden mejor obedecida. Negándose los Santos á sacrificar á los dioses, los mandó Promoto

azotar con correas armadas con bolas de plomo, y en medio de aquel granizo de golpes cantaban los Santos alabanzas al Señor, doblando sus fervorosas oraciones: *Asistidnos, Señor, única esperanza nuestra; libradnos por vuestra gloria del estado en que nos hallamos; júntese á vuestra bondad el interés de vuestro santo nombre para concedernos el perdón de nuestros pecados; mostrad, Señor, vuestro poder en la flaqueza de vuestros siervos, para que no nos insulten vuestros enemigos, preguntándonos dónde está el Dios de los cristianos.*

Viendo Promotó el valor y la alegría con que defendían su fe y su religión, hallándolos insensibles, tanto á los tormentos como á las amenazas, y pareciéndole que se animaban uno á otro con su presencia, mostrándose invencibles porque estaban unidos, los mandó separar, con esperanza de conseguir así su intento más fácilmente. Atacó primero á Feliciano, y, hablándole en tono halagüeño y amigable, le dijo: *Admiróme que un hombre de tus años se obstine en querer morir en los tormentos, pudiendo pasar una vejez tranquila y sosegada. Ve, sacrifica á los dioses inmortales, y yo te prometo el favor de los emperadores, constituyéndome desde luego por seguro fiador de tu fortuna.*—«Mas me admiro yo (replicó Feliciano) que un hombre como tú tenga por dioses las quimeras, pues quimera es la misma pluralidad de dioses. Aunque eres todavía tan mozo, por mucho que vivas, será un puñado de años toda tu vida; trata de asegurarte una dichosa eternidad, renunciando tus paganas supersticiones, porque no hay salvación sino en la religión cristiana; hazte cristiano, si quieres ser feliz».

Aturdió, pero no convirtió al gobernador aquella tan generosa respuesta; antes irritado más con la constancia del Santo, dio orden para que en el mismo calabozo fuese enclavado en un madero, dejándole así por espacio

de tres días enteros, no sin esperanza de que le haría perder el ánimo la viveza de los agudísimos dolores. Después, añadiendo la mentira y el artificio á la crueldad, el día siguiente hizo venir á su presencia á Primo: le dijo que su hermano Feliciano había en fin abierto los ojos á su propio bien, reconociendo que la religión cristiana era un tejido de extravagancias, sostenido por arte diabólico, y que, habiendo sacrificado á Júpiter y á Hércules, se hallaba colmado de gracias y beneficios con que le habían honrado los emperadores.

San Primo, á quien Dios, por medio de un Ángel, había revelado todo lo sucedido con Feliciano, le respondió: «Admirome de la seriedad y de la serenidad con que mientes, disimulando tu indecente artificio; sé muy bien la constancia con que mi hermano toleró los más crueles tormentos, y no ignoro las celestiales indecibles dulzuras con que Dios le está consolando en este mismo punto en que te hablo: espero en su bondad me concederá la gracia de que no le sea menos fiel ni menos generoso». Enfurecido Promoto al oír estas palabras: *Tú sacrificarás á Júpiter, le dijo, ó sufrirás lo que hasta ahora ningún mortal ha sufrido.—Yo,* respondió el Santo, sólo sacrificio al verdadero Dios, y no á vuestro Júpiter, á quien vuestras mismas fábulas nos le representan como el hombre más perverso de todos los mortales; y por lo que mira á tus suplicios, veremos quién se cansa primero, tú de atormentarme ó yo de padecer». Lleno de rabiosa cólera el gobernador, mandó que le moliesen á palos, y que le aplicasen hachas encendidas á los cardenales y á las llagas. En este cruel tormento levantó el Santo los ojos al Cielo dulcemente, y exclamó de esta manera: «Probástemme, Dios mío, como se prueba la plata con el fuego: vuestros enemigos se lisonjean de que me han de quitar la vida; pero estoy vivo á su pesar, y publicaré vuestras maravillas. Eternamente seáis bendito, Salvador mío Jesucristo, porque, en virtud de

vuestro poder, no siento dolor en medio de los mayores tormentos». Quiriendo Promoto estorbarle que cantase las alabanzas del Señor, le mandó echar en la boca plomo derretido, á vista de su hermano Feliciano, á quien había mandado ya que le desclavasen del madero; tragóse el Santo aquel plomo derretido, como pudiera un vaso de agua, y, volviendo al tirano, le dijo: «Reconoce ya, por el milagro que acabas de ver, la virtud omnipotente de mi Señor Jesucristo, y confiesa tu flaqueza en medio de tu misma crueldad; la presencia de mi hermano Feliciano confunde la mentira de que te valiste para combatir mi fe. ¿Será posible que tantos testimonios juntos no basten para que abras los ojos, y para que despiertes del letargo en que te tienen sumergido tus gentílicas supersticiones?»

No dando oídos el tirano más que á su rabia contra los dos héroes de la religión cristiana, ordenó que los expusiesen á las fieras. Acudió á este espectáculo toda la ciudad. Salieron al anfiteatro dos leones furiosos, que con sus rugidos espantaban á los asistentes: al verlos partir, ninguno dudó que los santos mártires iban al instante á ser devorados y despedazados; pero todos quedaron aturdidos cuando los vieron echarse á sus pies como unos corderos, halagándolos blandamente con las colas. Echáronlos después dos osos, aun mucho más furiosos; pero los osos hicieron lo mismo que los leones. Asombrado el pueblo á vista de aquel prodigio, comenzó á gritar que no había otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, y en el mismo punto se convirtieron á la fe mil quinientas personas. Aturdido Promoto con la vocería del pueblo, y mucho más ofendido de la conversión de tanta gente, mandó cortar la cabeza á los dos santos hermanos.

Tan fácil era al poder de Dios librarlos de este último suplicio como de los antecedentes; pero los

Santos, con la sagrada impaciencia de gozarle, consiguieron, en fin, la corona del martirio el día 9 de Junio del año 287. Refieren las actas que San Feliciano tenía entonces noventa años, y que San Primo no era menos anciano.

Sus santos cuerpos fueron expuestos en el campo para que los comiesen los perros y los cuervos; pero los fieles de Nomento los retiraron y les dieron sepultura en el mismo lugar donde se edificó después una iglesia. Por los años de 645 los trasladó á Roma el Papa Teodoro, y los colocó en la iglesia de San Esteban en el monte Celio. Consérvase una parte de sus reliquias con gran veneración en Agen de Francia.

La Misa es en honra de los Santos Primo y Feliciano, y la oración es la que sigue:

Concédenos, Señor, que celebremos siempre la fiesta de tus santos mártires Primo y Feliciano, y que por su intercesión merezcamos la gracia de tu protección. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 1.

REFLEXIONES

La muerte entierra en la sepultura las obras más ruidosas de la ambición y la más brillante gloria de los mortales; el último soplo que apaga la vida de los mayores monarcas, apaga también con ellos, por decirlo así, su poder, su magnificencia, y muchas veces hasta su misma reputación. El temor, la sumisión y el respeto de los pueblos á sus soberanos no pasa de su vida; no sólo se olvidan sus beneficios; hasta su mismo mérito se borra de la memoria. ¿Qué resta el día de hoy de aquellos

dichosos del mundo que vivieron en los siglos más remotos? ¿De aquellos poderosos príncipes que metieron tanto ruido en el Universo? ¿De aquellos dioses de la Tierra á quienes se ofrecían votos, se rendían sacrificios y todos doblaban la rodilla en su presencia? Nombres vacíos, títulos en pergaminos roídos, mausoleos medio arruinados, tristes depositarios de un puñado de cenizas ó de unos huesos podridos; esto es todo lo que resta de aquellos dioses de farsa y de teatro que divirtieron por algún tiempo y engañaron un poco en el tablado, para sepultarse después en un eterno olvido. Y, aunque la posteridad conservase respetuosamente su memoria, si esos dichosos mundanos, si esos héroes del siglo se condenaron, ¿de qué consuelo, de qué utilidad les servirá, el respeto de los hombres? Olvidáronse en España y en Polonia los nombres de muchos príncipes, de muchos monarcas, y hasta los mismos reyes respetan el día de hoy con solemnidad y con reverencia la memoria de un San Isidro, pobre labrador, y de un San Estanislao de Koska, humilde novicio de la Compañía. Ni las revoluciones de los estados alteran la veneración de los pueblos á los santos; la Suecia, la Inglaterra, la Escocia y la Dinamarca pueden pervertirse, pero no por eso dejará la Iglesia de celebrar hasta el fin de los siglos la gloriosa y triunfante memoria de las Brígidas, de los Eduardos, de las Margaritas y de los Canutos, ni la herejía ha podido borrar su culto ni desterrar sus nombres de los fastos y de los calendarios. En vano lisonjea el mundo á sus parciales; en vano pretende inmortalizar sus héroes; él mismo es el primero que los olvida, ó lo más que puede hacer es darles algún lugar en la Historia. Frivola recompensa, consuelo muy triste á uno que se condenó.

El Evangelio es del cap. 11 de San Mateo, y el mismo que el día 3.

MEDITACIÓN

De la falsa sabiduría del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que hay en el mundo una sabiduría falsa que engaña, deslumbra y conduce al precipicio; como yerra en los principios, no puede menos de engañarse en los medios y en el fin. Fúndase esta sabiduría en la ilusión y en la pasión; todos sus alcances nacen de su propio fondo, y nunca salen de su esfera; mezclados con las tinieblas, y casi del todo impedidos con la oscuridad, jamás miran los objetos como son. Siendo sabiduría puramente humana y prudencia de la carne, ¿cuáles pueden ser sus discursos, cuál su sistema? Todo lo pesa en la balanza del interés y de la pasión; la ambición lo regla todo, y la sensualidad lo autoriza. Esta sabiduría no reconoce otras máximas que las que forja la malignidad y las que adopta la corrupción del corazón; las del Evangelio se consideran como leyes de otro país, y á lo más como leyes abolidas en el mundo por el no uso, y que el mismo mundo tiene desterradas; de aquí nace aquel disgusto, y aun aquel menosprecio de las más sagradas máximas de la religión; de aquí aquel plan de vida enteramente contrario al espíritu de Jesucristo; de aquí aquel estudio de los respetos, de los estilos del mundo, absolutamente opuesto á la ciencia del Evangelio.

Estos falsos sabios y discretos del mundo apenas conocen ya la religión; el espíritu del mundo, aquel mortal enemigo de Jesucristo, les tiene prescritas otras reglas muy diferentes; la concupiscencia es la medida, y la ambición los límites de sus deseos. Pero, Dios mío, ¿adonde conduce este espíritu? ¿En qué viene á parar toda esa sabiduría? Vasos de ira dispuestos á perecer, ¿qué otro fruto, qué otro fin es el de esa falsa sabiduría?

PUNTO SEGUNDO.—Considera si hay cosa más baja, ni más extravagante, ni más insensata que ella. Dice San Pablo: La sabiduría de este mundo es ignorancia y necedad á los ojos de Dios.

No hay hombre de bien sino el buen cristiano. Esos que el mundo llama *hombres de bien*, serán á lo sumo hombres de alguna crianza, mundanos un poco cultivados; pero muchas veces, si no siempre, serán unos disimulados disolutos, unos hombres que no tienen mucha religión; fantasmas de hombres de bien. Hijos del siglo, ¿de qué os servirán esas exterioridades? A lo más, seréis filósofos, pero de ningún modo cristianos, si sólo seguís las reprobadas leyes y máximas del mundo. ¿Qué conexión tiene el Señor con Belial? ¿El espíritu mundano con la fe? ¿Las despreciables leyes del mundo con las del Evangelio? Dice el Apóstol: Ninguno se engañe á sí mismo. Si alguno de vosotros presume de sabio en este mundo, para serlo verdaderamente hágase necio. Esta doctrina ¿será del gusto de muchas gentes? Ellas son verdades infalibles; pero verdades con circunstancias de misterios que quiso Dios ocultar á los sabios de la Tierra. Todo se descubrirá, todo se hará patente en la hora de la muerte.

No aguardéis, Señor, á tan fatal extremo para concederme su clara inteligencia; hacedme sabio con esta celestial sabiduría; conozco que la de este siglo es verdadera ignorancia, y desde este mismo punto la detesto con horror.

JACULATORIAS

Concededme, Señor, la sabiduría del Cielo, y no queráis contarme en el número de los ignorantes que no son siervos vuestros.—*Sap., 9.*

Despreñada, Señor, de las alturas, para que siempre me acompañe y me enseñe lo que es agradable á vuestros divinos ojos.— *Sap.*, 9.

PROPÓSITOS

1. Ser sabio es tomar bien las medidas para llegar al fin que se pretende; pero ¿será ser sabio errar el fin á que se debe dirigir todo lo que se hace? Este error es origen de otros muchos. El que yerra en los principios, ¿cómo podrá dejar de descaminarse? ¡Qué digno de lástima es el que no trabaja por buen fin! Pero ¿será menos desgracia, será locura menos lastimosa tener un buen fin y abandonar voluntariamente los medios de conseguirle? ¿Qué mayor extravagancia que presumir alcanzar la victoria sin pelear, curar las heridas sin aplicar el remedio, coger el fruto sin sembrar el grano? ¿Y somos nosotros más cuerdos cuando pretendemos ser santos sin vivir según las máximas del Evangelio? En medio de eso, el mundo está hoy día lleno de esos cuerdos imaginarios que, haciendo una vida contraria á la que hicieron los santos, esperan y aun presumen llegar al mismo tiempo adonde los santos llegaron.

2. Todos aquellos que tienen la más leve tintura de religión conocen bien estos medios. El Evangelio los contiene todos; en él lo encuentran todos los que le buscan; las vidas de los santos nos los enseñan, mostrándonos al mismo tiempo el modo de usar de ellos. La inocencia sostenida con la mortificación, la pureza de corazón inalterable, la fe constante y generosa, la humildad sincera, la caridad universal, etc., éstos son los medios seguros para llegar á nuestro último fin. ¿Te has servido tú de ellos hasta aquí?